

EL JUEGO DE LA VIDA

No importa quién es ella, no importa el lugar, tan solo importa el momento, ese rápido y efímero episodio de su historia. Es como si hoy saltase rápidamente a los vagones del primer tren que se detiene en la estación de su vida. Quizás sea un simple cambio, aunque tal vez para ella tenga un significado mucho más trascendental. En un soplo de aire dejará la infancia a un lado para convertirse en una mujer adulta, ha tenido la suerte de disfrutar de esa entrañable etapa de su vida hasta el último segundo, nada la ha truncado y el devenir del tiempo es quien ha marcado su final, aunque es un final que sirve de comienzo, el comienzo del resto de su vida. Ya no será jamás la alumna en ese patio de recreo, quizás dentro de unos años lo recuerde con nostalgia, aunque ahora lo que más desea es saltar a ese mar agitado llamado vida. Será ya la memoria la que vaya recordando aquellos momentos, adornándolos en ocasiones, con palabras que nunca se dijeron y que deberían haberse lanzado al aire. Mezclándose la verdad con aquello que se añora y al mismo tiempo se inventa, como una forma de escapar de lo que realmente sucedió. La historia de una persona es tal vez la mejor obra de fantasía creada, recuerdos que se pretenden olvidar y momentos que se anclan a la memoria como los más bellos instantes de toda una vida, envolviéndose cada uno de ellos bajo una espesa bruma que va creciendo conforme pasan los años, una espesa bruma que tan solo permite ver aquello que el alma y el corazón nunca quieren olvidar.

Un profundo destello nubla sus ojos, por segundos la oscuridad de la noche y el sueño la trasportan a un tiempo que quizás ya haya vivido o quizás esté agotando los últimos segundos de ese momento, de ese instante, de ese trayecto que ya se va perdiendo y marchitando en sus ojos. Una época que no quiere soltar y al mismo tiempo siente que si se ancla a ella nunca sabrá con certeza lo que es la vida.

Sus brazos se apoyan sobre una valla blanquecina, grisácea y marrón. Siente que algo oprime su cuerpo, una presión extraña le impide cruzar esa barrera y formar parte de ese escenario de infancia y adolescencia, un escenario donde parece que las elecciones sean simples y no tengan repercusión alguna, pero quizás esos años sean un pequeño tablero de ajedrez donde hay que comenzar a aprender de estrategia y astucia.

Se queda ensimismada mirando ese patio de recreo infante que han recreado sus recuerdos y sus sentimientos, y puede verse a sí misma cuando era muy niña, escondida detrás de un árbol esperando que algún amigo la encontrase antes de que ese silbato o canción, de la que pocas veces se escucha la letra, le indicara que ese instante de libertad y juego de cada día llegaba a su fin.

Lo observa todo como un profundo haz de memoria que recorre su existencia desde aquel ya lejano recuerdo en el que aprendió su primera letra hasta el próximo instante que será la culminación de esta pequeña historia, una pequeña historia que se convertirá en el primer recuerdo de su incipiente vida.

Y así comienza a ver de nuevo a la pequeña niña que un día no muy lejano fue. Observa cómo corre para ser la primera en alcanzar la pared y así ganar alguna simple

apuesta como decidir quién será el gran responsable de organizar los equipos de algún juego nuevo o empieza a divisar el incesante tráfico e intercambio de alguna que otra estampa para completar el álbum de moda de aquel año.

Existen pequeños detalles, pequeños gestos que todavía hoy sigue haciendo, pero de los cuales había olvidado su origen, como colocar su chaqueta sobre el pilar más alto de la pared y no donde todos dejan sus pertenencias. Pequeñas decisiones con significados inverosímiles en ese instante, pero que quizás ahora marquen su destino, su futuro. Hechos que han formado su carácter aunque en ese momento no fueran más que juegos y apuestas que de nada servían.

En su rápido y quizás extraño viaje al pasado sitúa su memoria en el ecuador de su joven vida. Ahora todos sus compañeros se afanan en poder balancearse subiéndose a los hierros de las ya castigadas porterías de fútbol de ese patio de recreo, pero la altura de ella le permite subirse y balancearse antes que ninguno.

De pronto, la imagen que veía se transforma, dejando que sea ahora su pasado más joven y lozano quien se muestre. Ya no juega; ha decidido quedarse sentada en algún tranquilo rincón y así leer su novela favorita o quizás para poder terminar de estudiar el examen de la próxima clase. Un escenario que ha cambiado por completo en un instante; ya no hay niños en él, sino adolescentes cuyo pensamiento ya difumina su infancia.

Conforme se sucede el transcurrir del tiempo intangible e inexplicable de los sueños, ella regresa a su pasado más alejado y parece que vuelve a sentarse en el pequeño banco que hasta hace unos días era su refugio más querido.

La luz de la realidad la devuelve a la verdad y tras dejar a los sueños en ese olvidado lugar de la mente que en verdad es el tatuaje de nuestros miedos y anhelos, se prepara para el gran día: dejar de ser la niña del instituto y convertirse en la joven universitaria, en una mujer adulta. Quizás ahora no lo sepa todavía, pero tras ese día la vida le enseñará que ahora las decisiones sí tienen su repercusión, que las segundas oportunidades se van agotando y que un salto a tiempo puede salvarnos del precipicio, que el patio de recreo se va a transformar en un mundo infinito donde cada regalo viene acompañado de un obstáculo que se ha de saltar y romper.

Vive esas horas con total intensidad porque, aunque lo niegue, tiene miedo de dejar el pequeño mundo que hasta ese momento la había rodeado. No importa si ella es de los que suben al escenario para expresar lo que sienten o si prefiere acallar sus sentimientos en el fondo de su corazón. Lo único certero es que mirará a su alrededor y en ese suspiro pensará en todo lo que deja atrás, en aquello que quiere ya guardar en su pasado y en lo que desea que siga formando parte de su presente, que perdure y no sea el simple recuerdo de una época.

Muchos se preguntarán quién es la voz que narra esta historia. Soy esa voz que aún no es escuchada, esa voz aún lejana que; sin embargo, sabe del futuro. Tal vez la voz que

con el paso de los años le recuerde y le haga sentir lo que hoy no es capaz de percibir. Su propia consciencia, eso soy, la que sabe del futuro cuando este aún no ha aflorado y la que recuerda el pasado cuando el futuro ya se exhibe en el horizonte. Soy en realidad ella misma, pero con la sabiduría reflexiva de la madurez que dentro de unos años poseerá.

Ya todo termina para dar comienzo al juego de la vida.

El juego de la vida, sí, la vida es juego. Un juego como en un patio de recreo, un juego de estrategia, de impulsos, de velocidad y a la vez de calma. Un juego en el que a diferencia de un patio de recreo todo tiene consecuencias. Como jugamos de niños marca nuestro futuro.

El dejar tu chaqueta donde nadie la deja tan solo por diferenciarte hará que un día seas convencional o no lo seas, que seas típico o atípico. El mostrar tus dotes delante de todos al subirte a una vieja portería de fútbol provocará que un día no te conformes con permanecer entre la muchedumbre sin apenas hacer ruido para que poca gente sepa que existes, ese gesto tan solo muestra que quieres ser algo más que un simple siervo convencional de este mundo. O quizás si un día decidiste no completar el álbum de cromos de aquel año por conservar una estampa ya repetida y no cambiarla por otra, en la vida dejarás pasar algún bonito tren por el simple hecho de que, aunque no lo tengas todo y falte algo que complete tu vida, es más importante seguir cuidando y conservando aquel trozo de felicidad que podría destruirse entre los raíles de ese tren.

Eso es un patio de recreo, el primer entrenamiento para el juego de la vida. Un juego contradictorio, inoportuno pero, ante todo, impredecible y hermoso.